

memoria de un crimen

Muerte impune en Alburquerque

Texto **Judith Benito y Joaquim Roglan**

El 17 de agosto de 1936, Alburquerque fue ocupado por fuerzas de la Guardia Civil al mando del sargento Agustín Ramos, conocido como "el Rubio" o "el Lobo", con quien colaboraron los falangistas conocidos como "el Morera", "el Chato", "el Mateo" y "el Balancho". Junto a algunos señoritos realizaron una terrible represión entre los campesinos de los pueblos de la comarca en El Cuarto de Abajo, Puerto Elice y entre los chancales próximos a una vieja mina", escribe el historiador Francisco Espinosa en su libro "La Columna de la Muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz". En esa mina yacen las dos catalanas enterradas vivas.

La Columna de la Muerte, cuyo nombre oficial era Columna Madrid, estaba bajo las órdenes del general Yagüe, y a su frente iba el teniente coronel Carlos Asensio Cabanillas. Compuesta por tropas africanas y legionarias, se le fueron sumando falangistas y guardias civiles. Sembraron Extremadura de cadáveres y realizaron la matanza de la plaza de toros de Badajoz. Su avanzadilla y su retaguardia disponía de camiones que los más viejos de Alburquerque aún recuerdan con temor. "Los falangistas usaban un camión para transportar a los presos. Le llamaban el Campanillo,

porque tenía una campana que hacían repicar cuando iban a buscar a alguien. De los que subían al Campanillo nunca más se sabía. Los que se resistían eran encadenados al camión y arrastrados por las calles. A las mujeres y a los niños les rapaban la cabeza y les dejaban un mechón con un lazo rojo. Después las paseaban por el pueblo y las apaleaban."

De la sacristía a la fosa

El secretario municipal Enrique Santos lo dejó escrito en sus memorias: "Detenciones, purgas, malos tratos, paseos... Ningún detenido es sometido a procedimiento. Una especie de comisión de limpieza determina quiénes deben desaparecer. Algunos pasan por la sacristía convertida en sala de torturas. Don Facundo ayuda o al menos tolera. Y de allí, a la fosa común, a la mina".

La mina está a unos 200 metros de una carretera entre Alburquerque y San Vicente de Alcántara. Su boca mide unos tres metros cuadrados y tiene 11 de profundidad. Según el actual alcalde de Alburquerque, Ángel Vadillo, "lo único que podíamos hacer como Ayuntamiento era excavar en busca de pruebas, porque sólo había rumores". Su pueblo ha sido el primero de Extremadura que investiga una fosa común. Tras hallar los primeros restos, un juzgado de Badajoz dictaminó que

si un cadáver se halla transcurridos más de 25 años no se puede instruir causa criminal y debe tratarse como resto arqueológico. La exhumación depende ahora de la Junta de Extremadura. "Faltan meses de trabajo para clasificar los huesos, hacerles las pruebas de ADN y certificar que los restos de Serafina Roca están en la mina", dice Vadillo. Pero hay otros indicios. "Ha aparecido un zapato ortopédico y un testigo asegura que es de ella, porque era la única persona del pueblo que lo usaba."

Otros testigos recuerdan bien a los asesinos. "Uno de ellos pagó sus penas todas las noches de su vida. Los remordimientos se lo comían, sufría pesadillas y gritaba: ¡Madre, que vienen a por mí, que vienen a matarme!". Murió loco y delirando por todo el mal que decía que había hecho. Era el conductor del Campanillo." Otro aún vive y el hijo de una de sus víctimas le conoce bien. "Lleva más de diez años inválido en la cama, y más que tendría que haber pasado. Mató a mi padre y tenía que verle por la calle como si nada." Un tercero sigue caminando por el pueblo. "Ése nunca ha tenido remordimientos. La noche del 23-F fue con otros al cuartelillo de la Guardia Civil pidiendo armas", desvelan en el Hogar del Pensionista.

Los descendientes de las víctimas no quieren revanchas. Pero tampoco olvidan otras de sus atrocidades. "Ofrecían cruzar la frontera de Portugal a los perseguidos, les cobraban dinero, los subían a un autobús y los mataban en la dehesa." Una joven pregunta cuántas generaciones deberán pasar para que se desvanescan en el tiempo los desastres de la guerra. Y dos ancianos le contestan. "La guerra marcó para siempre la historia de esta tierra." ●

El miedo ya no guarda la historia

Texto **Eduardo Martín de Pozuelo**

Cuando hace tres años Emilio Silva localizó los restos de su abuelo y de otros doce desdichados, asesinados de un tiro en la nuca al comienzo de la Guerra Civil, abrió sin saberlo una grieta en el dique del miedo que durante más de sesenta años había impedido conocer con detalle la más oscura página de nuestro reciente pasado. Luego, el propio Silva y otros como él, han hallado más fosas, más asesinados; agrandando el boquete del mismo modo que lo hace un chorro de agua que se abre paso a través de una barrera de arena. Y es que la memoria estaba ahí, esperando el momento de salir a la luz, y ahora que ha comenzado a emerger es imparable. El miedo persiste, pero ya no guarda la historia.

Cuenta Emilio Silva que para hallar los cuerpos de los "13 de Piaranza" recorrió la comarca de El Bierzo preguntado a los viejos del lugar si sabían qué sucedió con aquellos hombres y si recordaban dónde los enterraron. A retazos, entre murmullos dichos al oído con un temor que procedía de 1936, pudo reconstruir la muerte de su abuelo y localizar la fosa. "Junto a una nogal recrecía", se atrevió a señalar un arrugado campesino, testigo mudo hasta aquel instante de la matanza.

Dicen los hermanos Volney y Jaurés Sánchez, cuya madre y hermana son dos de los seres humanos arrojados a los pozos de Caudé (Teruel), que supieron cuántos cuerpos reposan -1.005- en el fondo del agujero porque un viejo pastor les narró, todavía atemorizado cincuenta años después, cómo trazaba un palote en una libreta por cada tiro de gracia que alcanzaba a oír desde Conclud.

Cuenta Obdulía, la hija de Pilar Espinosa Carrasco, asesinada en diciembre de 1936 junto a otras dos mujeres en Poyales del Hoyo (Ávila), que jamás regresó a Candeleda -donde nació- ni a Poyales por miedo y por vergüenza. Su temor era tan profundo que el día que el cuerpo de su madre fue exhumado -octubre del año pasado- aún no era capaz ni de acercarse al pueblo del que era oriunda.

¿Aún es más fuerte el miedo que dar sepultura a los antepasados?, se pregunta Roser Casanovas, que desea rescatar los restos de su madre, enterrada viva en una mina abandonada de Alburquerque (Badajoz) y que se extraña de ser la única que ha emprendido acciones legales al respecto.

La búsqueda de los desaparecidos, el deseo de dar digna sepultura a esas víctimas de la guerra y la posguerra que siguen perdidas por decenas de fosas clandestinas que tapizan el territorio español ya no es un fenómeno aislado. Es cierto, o al menos todos los que buscan lo dicen, que el miedo persiste. Pero también es cierto que ese miedo está tocando a su fin y cambiando de posición. Lo demuestra el auge de las organizaciones dedicadas a la recuperación histórica y la reacción negativa de ciertas autoridades civiles que temen que la verdad abra viejas heridas. Son los que no quieren saber que no hay ni una pizca de ira o venganza en los que buscan a sus desaparecidos. Son los que deberían evitar que en España siga habiendo más gente enterrada fuera que dentro de los cementerios.



Una antigua foto escolar es uno de los pocos testimonios que quedan de la maestra catalana, en el centro, de negro

La maestra desconocida

Sólo se sabe que se llamaba Carme, que era catalana y que fue enterrada en 1936 en la vieja mina de Alburquerque. Había llegado al pueblo hacía poco e impartía clases en la escuela La Tahona. Unos dicen que estaba separada de su marido y otros que estaba casada con un maestro que pudo huir. Una leyenda cuenta que antes de matarla pisotearon sus gafas ante sus propios ojos. Lo único cierto es que los militares la dejaron libre y los falangistas le dieron el último paseo.

Por eso su nombre, sus apellidos y su lugar de nacimiento no aparecen entre los de las 6.610 personas identificadas como víctimas de la represión franquista en la provincia de Badajoz. Como tampoco el de Serafina. "Esa cifra podría doblarse si se hallasen los restos de todos los desaparecidos", calcula el

historiador Francisco Espinosa. Ha visitado todos los registros civiles y los libros de los cementerios de la provincia. En muchos de ellos las causas de la muerte están tachadas por orden de la autoridad. En otros figuran causas como "choque con la fuerza pública salvadora", "por orden de la autoridad", "muerte violenta", "efectos de la guerra de liberación contra el marxismo", "shock traumático", "heridas mortales de necesidad"...

En cuanto al lugar del fallecimiento, en unos consta "en la vía pública" y en otros "en las afueras de la localidad". Una vecina recuerda que a los desaparecidos sin nombre se los enterraba en el campo. "Una tarde oí disparos a lo lejos y luego vinieron a requisarnos un pico y una pala. Siempre vivimos pensando que una noche vendrían a

por nosotros por oír demasiado." Otros acabaron en minas abandonadas o se les arrojaba al Tajo desde el puente de Alcántara. Las víctimas identificadas de la represión en Alburquerque suman 23. "La cifra podría doblarse, ya que el 80% de las familias republicanas del pueblo tienen parientes muertos, desaparecidos y enterrados por diversos lugares de la provincia", dice el alcalde.

A ellos hay que sumar forasteros y desconocidos de pueblos vecinos. Además, el archivo municipal de Alburquerque sufrió un misterioso incendio muchos años después de la guerra y ardieron precisamente los legajos de la época más trágica. Carme no tiene nombre, ni lugar de nacimiento ni de defunción. Oficialmente nunca existió, pero sus alumnos la recuerdan.